

Por Angeles Mastretta.

Tenemos la tristeza señoreada de rabia y las palabras quietas hasta quién sabe cuándo. No tenemos periódico. De un día para otro tiraron a la calle lo que se había ido haciendo con el pleito de todos. Nos quedamos sin dónde decir lo que sigue pasando. Porque en el país las huelgas caminan aunque no las miren nuestros juicios, aunque no las prediga alguien más lúcido. El hambre y la injusticia continúan abrazadas a la tierra aunque nuestro supuesto pesimismo no las nombre; la estupidez y la codicia gobernando oficinas y papeles aunque ya no podamos molestar el desayuno mencionándolas. Todavía el silencio recorre fábricas y campo para arrancar la indignación prendida a cada cuerpo, la voluntad de gritarla alguna tarde aunque todos los periódicos se hayan callado.

No sólo la codicia, el poder y la inconciencia regalaron "Excel-sior" a la mentira, el hastío y la desolación; supongo que también nuestra certeza de que no era posible quitarnos la palabra a nosotros, los acostumbrados a nombrar la desposesión sin padecerla. Ahora ya estamos como casi todos, y el país sigue su existencia injusta mientras nosotros lamentamos la muerte de nuestro decirla y recibimos cada mañana un cadáver balbuciendo tonterías, jugando a ser el mismo, llenando los juicios de hombres inteligentes, honestos, la cotidiana búsqueda de seres inconformes con nombres de mentiras, información de boletines oficiales y anticomunistas con razonamientos de ignorante asustado en los cincuentas.

Enfurece mirarlo, llena de lástima padecer el mismo título que se ganó respeto con el cansancio de años, legitimando páginas en blanco y palabras que se arrepienten de serlo. Entra por debajo de la puerta y lo recibo a patadas, lo voy empujando hasta el cuarto de

trebejos donde permanecerá hasta que venga el comprador de papeles inútiles y me libre de su estéril presencia propiciando coraje.

Nos quedamos sin cómo saber, sin para dónde decir: escritores y lectores mirándonos todavía la sorpresa de perder nuestro privilegio, nuestra apertura democrática, nuestra diferencia del hambre analfabeta. Por eso en la reunión de pêsame y esperanza que tanto nos redimió, estallamos un aplauso largo, unánime, acogedor, a nosotros mismos mencionados, identificados en Julio Scherer. Todos nos consolábamos a todos, aplaudíamos nuestro decir y nuestro oírnos, nuestra nostalgia y nuestro orgullo.

Estábamos acostumbrados a decirla, pero nos creíamos inmunes a la diaria congoja denunciada, nos creíamos impunes, los ahora mudos como los demás, hermanados en la carencia y el silencio impuestos. En cambio ahora después de la pérdida y el aplauso tenemos una causa mejor y más difícil. Un camino que aprender, una búsqueda común, compañera, necesaria. No tenemos periódico, ni poder como todos los que sufren y transforman este país, pero tenemos palabras todavía, y mucho por hacer.